

Aprendizaje-servicio: de la empatía a la fraternidad

Hace algún tiempo, la profesora de expresión plástica del Colegio Padre Fito de Neuquén, Argentina compartía con la directora su preocupación por la conducta poco respetuosa e incluso agresiva, de sus alumnos de Secundaria.

La profesora creía haber agotado todo tipo de estrategias didácticas para motivar y centrar a sus alumnos adolescentes, pero no veía resultados y se encontraba francamente desorientada. Además, todavía le causaba mayor desazón el comprobar que los chicos y chicas mostraban ciertas dotes artísticas, visibles en los dibujos espontáneos en sus carpetas y en otras actividades. Simplemente, parecía que ella no podía hacer emerger toda esa creatividad en el contexto de la clase de plástica.

La directora le propuso consultar a un psicólogo que, desde fuera de la institución escolar, pudiera aportar alguna pista sobre el comportamiento insoportable de los jóvenes. El psicólogo trabajaba en un hospital psiquiátrico cerca del colegio, y con gusto se prestó a reflexionar e interpretar la situación de conflicto. Cuando ya daban por finalizada la entrevista con el especialista, éste les planteó un reto insólito:

¿Decís que vuestros alumnos no son malos pintores? Tal vez podrían ayudarnos a resolver un problema: Hace poco inauguramos un nuevo pabellón infantil en el hospital, pero no tenemos recursos para decorarlo adecuadamente, y, en estos momentos, es poco más que un barracón de cemento frío y gris, muy poco apropiado para acoger niños con problemas de salud. ¿Y si les planteáis a vuestros jóvenes que colaboren con nosotros? ¿Y si nos sugieren murales para alegrar las paredes y conseguimos pintura para ponernos manos a la obra?...

Animadas con esta perspectiva, la directora y la profesora de plástica empezaron a imaginarse el proyecto. Poco tiempo después, el psicólogo fue al colegio y planteó directamente este reto a los jóvenes, que lo aceptaron entusiasmados.

A partir de entonces, cambió el “chip” en la clase y los alumnos se pusieron por primera vez a trabajar en serio y con ilusión. De hecho, el proyecto trascendió la clase de plástica. Por ejemplo, en la clase de matemáticas ejercitaron las proyecciones a escala.

También tuvieron que calcular la cantidad de pintura necesaria, incluso hacer una pequeña campaña económica para conseguirla. Aprendieron a escoger los diseños y colores más adecuados para niños y niñas pequeños, poniéndose en su lugar, y ejercitaron más que nunca la discusión y el trabajo en equipo, la organización y el autocontrol. Para completar, resulta que cuando iban por la ciudad comprando los materiales, los comerciantes, sorprendidos, les preguntaban el motivo, y en más de una ocasión colaboraron donando gratuitamente botes de pintura.

Naturalmente, no todo el trabajo se llevó a cabo en el espacio de la clase de plástica. Hubo una dedicación fuerte fuera de las horas lectivas. El entusiasmo de los jóvenes, del profesorado, de los profesionales del hospital y del conjunto de la comunidad produjo resultados visibles. Los problemas de disciplina y convivencia en la clase de

plástica se esfumaron. La decoración del pabellón infantil del hospital fue muy celebrada.

Al reflexionar sobre las claves del éxito en la mejora de la empatía de los jóvenes y de la convivencia en el aula, la directora y la profesora de plástica identificaron unas cuantas pistas:

Los jóvenes habían sido invitados a hacer algo útil para la comunidad. Habían hecho algo realmente importante... Habían trascendido el *nosotros* para acercarse a los *otros*.

Habían sido valorados y considerados justamente su compromiso, esfuerzo y resultados, lo cual había aumentado su autoestima como individuos y como grupo.

El centro de la atención se desplazó de su ombligo. Dejaron de dar vueltas y broncas, tanto profesores como alumnos, al eje de su mal comportamiento.

Desde esta experiencia, las clases de plástica del colegio se estructuran siempre a partir de un proyecto social, donde los alumnos pueden ejercer de ciudadanos comprometidos con el entorno. Están convencidos que ejercer la ciudadanía, realizando un servicio a la comunidad, ayuda a mejorar la convivencia.

Esta metodología se llama aprendizaje-servicio (*aprender haciendo un servicio a la comunidad*) y no sólo es reconocida por los educadores.

Un economista como Jeremy Rifkin¹ afirma que el aprendizaje-servicio *ha revolucionado la experiencia escolar. En colaboración con instituciones públicas y privadas, millones de jóvenes realizan trabajos útiles y solidarios para mejorar la calidad de vida de la comunidad en la que viven. Todas estas innovaciones educativas contribuyen a desarrollar la sensibilidad empática.*

Pero... ¿qué es el aprendizaje-servicio?

El aprendizaje-servicio es un método de enseñar y de aprender. Consiste en aprender a través de hacer un servicio a la comunidad.

Por tanto, es un instrumento pedagógico, una herramienta para educar mejor. Sin embargo, no sólo es un recurso didáctico, ya que responde a una pregunta filosófica de calado más profundo: ¿cuál es la finalidad última de la educación?

Nuestra sociedad ha dado saltos de gigante en las últimas décadas. El desarrollo científico y tecnológico nos ha permitido controlar y desterrar enfermedades, multiplicar las comunicaciones, innovar los sistemas de producción, mejorar el acceso a la educación por parte de amplios sectores de la población... En permanente proceso de innovación, sentimos que debemos orientar la educación a un mundo acelerado, cultivar las competencias básicas y las inteligencias múltiples, la capacidad para adaptarse, para reinventarse y ser creativo, a riesgo de quedar marginados del progreso.

¹ Rifkin, J., *La civilización empática. La carrera hacia una conciencia global en un mundo en crisis*. Paidós, 2010.

En nuestro país, este sentimiento de inadaptación del sistema educativo se acentúa al constatar el alarmante índice de fracaso escolar, que roza, y en algunas zonas, supera, el 30% de los jóvenes, situándose entre uno de los más elevados de Europa.

Y más allá de los bajos resultados estrictamente académicos, existe un problema actitudinal, de estado de ánimo: la desmotivación de los jóvenes hacia unos contenidos curriculares desfasados y metodologías en gran parte inadecuadas y poco significativas para sus vidas.

Frente a esta constatación, muchas voces claman por provocar cambios profundos en la educación y enterrar las rigideces y estrechez de miras de nuestro anticuado sistema educativo, alentador de la mediocridad, uniformador e inadaptado al siglo XXI.

Por un lado, existe la percepción generalizada de que el desarrollo de las tecnologías de la información y la comunicación debería servir para multiplicar las posibilidades de una formación personalizada, permanente, acelerada.

Por otro lado, se reivindica el cultivo del talento, de las habilidades personales, de la capacidad de aprender a aprender, de la innovación... frente a la memorización injustificada, el aprendizaje de datos inútiles, las rutinas desmotivadoras, la desconfianza hacia la creatividad.

Son voces que se alzan desde dentro el mismo sistema, y también, frecuentemente, desde la *periferia*: empresas, sindicatos, pensadores, científicos... denunciando la inadaptación al mercado de trabajo y la falta de competitividad que sufrirán las jóvenes generaciones como consecuencia de una formación escasa y obsoleta.

Sin embargo la competencia personal, la iniciativa, la autonomía... se pueden orientar en cualquier dirección, la cuestión es hacia dónde. Porque todas estas habilidades pueden ser puestas eficazmente al servicio del exclusivo beneficio personal o al servicio del crecimiento económico puro y duro, un modelo de desarrollo que, si bien ha generado riqueza, no ha sabido distribuirla, y se ha mostrado incapaz de superar los problemas básicos que atenazan a la humanidad: miseria, hambre, destrucción de los recursos naturales, violencia, explotación, abuso, corrupción, soledad...

Por ello, los discursos seductores del talento y la innovación a veces parecen sin orientación, sin brújula que los llenen de sentido, que los trasciendan un poco. Talento, ¡claro que sí! Pero... ¿para llegar a dónde?

Frecuentemente las reflexiones sobre el cambio que necesita la educación se quedan en la mitad del problema, porque fijan la atención en la obsolescencia -innegable- de la maquinaria... (métodos, instrumentos, procedimientos) y no iluminan el *para qué* debería servir. Necesitamos faros que iluminen el camino, brújulas que orienten el talento.

¿Debemos innovar en educación sólo para conseguir ciudadanos más competitivos en el mercado de trabajo? ¿O debemos explotar los avances científicos y tecnológicos de nuestro siglo para formar ciudadanos competentes capaces de transformar el mundo y hacerlo más justo y habitable para todos?

Entonces, ¿cuál es la finalidad de la educación en el siglo XXI? ¿Mejorar la competencia y el currículum individual para subirnos al progreso? ¿O fomentar los valores de

justicia, igualdad, fraternidad, para poder superar los graves problemas que no supimos resolver en épocas pasadas?

La dicotomía debe poder resolverse, porque no queremos renunciar ni a la competencia ni a la solidaridad. Como dice la filósofa Adela Cortina, hay que sumar ambos anhelos para resolver la antinomia.

Y esta suma es la que ya aplican muchos centros educativos que quieren educar personas competentes, capaces de poner sus conocimientos y habilidades al servicio de los demás. Son centros que practican el aprendizaje-servicio, aportando una brújula al talento: orientan la excelencia, el talento y la creatividad hacia el compromiso social.

Haciéndolo de una manera práctica, *ensuciándose las manos*, los chicos y chicas adquieren conocimientos, ejercitan habilidades, fortalecen actitudes y valores... contribuyendo a mejorar alguna cosa en su entorno. Crecen en competencia al tiempo que se convierten en mejores ciudadanos.

Porque la educación para la ciudadanía debe poder realizarse en la comunidad, debe poder llevarse a la práctica, no puede limitarse a estimular la sensibilidad y la receptividad, o a hablar de la participación y lo importante que es, o a ejercitar en el aula habilidades democráticas.

Por poner una definición completa:

*El aprendizaje-servicio es una propuesta educativa que combina procesos de aprendizaje y de servicio a la comunidad en un solo proyecto bien articulado, en el cual los participantes se forman al implicarse en necesidades reales del entorno con la finalidad de mejorarlo.*²

El aprendizaje-servicio (ApS) es una metodología orientada a la educación para la ciudadanía, inspirada en las pedagogías activas y compatible con otras estrategias educativas. Es un método para unir éxito educativo y compromiso social: aprender a ser competentes siendo útiles a los demás. Es sencillo y es poderoso. Y no es un invento, sino un descubrimiento, porque pone en valor buenas prácticas que están ya en el corazón de la educación integral y comprometida.

El aprendizaje-servicio estimula la empatía

En una escuela rural de Cataluña, buena parte de las familias de los niños de parvulario procedían del Magreb y tenían el amazig como lengua materna. En consecuencia, los niños y niñas necesitaban un apoyo educativo complementario para mejorar sus habilidades de comprensión en una lengua de acogida que no era la propia.

Al abordar este reto, los maestros pensaron en impulsar un proyecto de colaboración entre dos grupos: el grupo de 10 y 11 años y el grupo de 4 y 5 años. Se llama "Tutores de cuentos". Otras escuelas que desarrollan el mismo proyecto le llaman "Apadrinamiento lector" y es uno de los proyectos de aprendizaje-servicio más extendidos en España.

² Definición aportada por el Centre Promotor Aprenentatge Servei de Catalunya.

Los tutores son los niños y niñas mayores que, en su clase de Lengua, trabajan cuentos infantiles, y luego, en un espacio de tiempo llamado "la hora del cuento" narran estas historias a los niños y niñas más pequeños.

Para llevar a cabo esta tarea, los tutores deben escoger bien los cuentos, leerlos vocalizando y entonando adecuadamente, pensar preguntas para formular a sus "ahijados", establecer buena relación con ellos y motivarles a escuchar, comprender y atreverse a responder.

Con esta experiencia de servicio a los más pequeños, los tutores fortalecen sus propias habilidades de lectura y comunicación, paciencia, responsabilidad y empatía.

Entre otras ventajas, el desarrollo de este proyecto produce un efecto en cadena: los niños y niñas más pequeños que reciben el apoyo de los mayores, pasarán a su vez a ser tutores cuando alcancen cierta edad.

Un día, a la hora del patio, Mohamed, un niño tutor de 10 años, acudió preocupado a Marta, su maestra y le dijo: *Ven conmigo, porque Jordi, de la clase del parvulario, se ha caído al suelo, se ha rascado la rodilla y está llorando.*

Marta le respondió: *Bueno, ya voy, pero dime una cosa: ¿por qué no se lo has dicho a la maestra de Jordi?* Muy serio, Mohamed respondió: *¡porque yo soy su tutor de cuentos!*

Esta anécdota ilustra hasta qué punto la experiencia estimuló la empatía: la responsabilidad de Mohamed hacia Jordi fue más allá de la "hora del cuento". De hecho, Mohamed había sido tutorizado de pequeño por otro alumno mayor.

Muchos estudios muestran cómo las prácticas de aprendizaje-servicio mejoran la empatía en los estudiantes:

- Los estudiantes que participaron en el aprendizaje-servicio mostraron una mayor empatía y complejidad cognitiva que los grupos de comparación (Courneya, 1994).
- Los estudiantes que participaron en programas de aprendizaje de servicio de calidad reportaron una mayor aceptación de la diversidad cultural (Melchior, 1999; Berkas, 1997).
- Los estudiantes de escuela media y primaria que participaron en el aprendizaje-servicio pudieron confiar más y ser más confiables, ser confiables y aceptar la responsabilidad (Stephens, 1995).
- Los estudiantes universitarios que participaron en la tarea de aprendizaje-servicio tuvieron una probabilidad significativamente mayor de expresar empatía en sus escritos reflexivos que los estudiantes que no participaron en el aprendizaje-servicio. (Wilson 2011).

El aprendizaje-servicio mejora la empatía porque:

- Los niños y jóvenes rompen las barreras entre ellos y las personas con diferentes necesidades, oportunidades y entornos culturales.
- No se limitan a sentir y pensar únicamente con empatía, sino que la viven, la aplican, actúan en consecuencia y es este pasar a la acción lo que provoca que la empatía se convierta en una actitud real.

- La flexibilidad metodológica del aprendizaje-servicio permite que se extienda a lo largo de todo el plan de estudios, proporcionando un abanico de actividades pequeñas y grandes, de manera que la empatía puede "empapar" de manera continua el proceso educativo.
- En los proyectos de aprendizaje-servicio también la escuela y las entidades sociales de la comunidad aprenden a abrirse y a trabajar juntas, compartiendo objetivos y empatizando entre ellas. Consecuentemente, el profesorado se impregna de empatía y es más capaz de transmitirla y estimularla entre el alumnado.

Perspectiva antropológica y ética del servicio a la comunidad

El servicio a la comunidad es uno de los elementos identificadores del aprendizaje-servicio y, desde el punto de vista pedagógico, el que confiere más personalidad a esta metodología.

La bondad de realizar un servicio desinteresado a favor de la comunidad es incuestionable. Muchas razones, de todos los colores políticos, morales sociales o sentimentales apoyan sin vacilaciones esta práctica.

Desde una perspectiva antropológica, el hecho de ayudar a los demás es una manifestación de altruismo, un mecanismo básico en la evolución humana: es la base de la humanización.

Actualmente no podríamos concebir una sociedad en la cual sus miembros sólo estuvieran dispuestos a competir y nunca a cooperar o a ayudar al más débil. Nos parecería no sólo una sociedad "bestializada", deshumanizada, sino incluso inviable. Nada nos hace pensar, en un mundo globalizado, que es posible la supervivencia de la especie humana sin un fuerte componente de altruismo, es decir, sin la *diligencia en procurar el bien ajeno aún a costa del propio*.³

Sin embargo, esta reflexión no era evidente a finales del siglo XIX. El impacto de la obra de Darwin y de la teoría de la selección natural de las especies había puesto el acento en la búsqueda del beneficio individual como fuerza instintiva y despiadada en el reino animal, y por consiguiente, en la importancia que este instinto podía tener entre los seres humanos. Se abrió entonces una polémica sobre el alcance real del altruismo, un comportamiento que aparecía como "contra natura" en el discurso darwiniano del origen de las especies.

¿Cuál de los dos (individualismo o altruismo) era el comportamiento más presente en la naturaleza y, por tanto, mejor predictor de la evolución de los seres humanos? ¿Hasta qué punto el altruismo no era una manifestación restringida a las relaciones de consanguinidad, es decir, a la familia, a los "más iguales" al mismo individuo?. Dos importantes paladines de ambas posturas fueron Thomas Huxley y Piotr Kropotkin.

Huxley llevó las ideas de su viejo amigo Darwin hasta su extremo lógico, argumentando que el altruismo era poco frecuente y que, cuando aparecía, "siempre" estaba vinculado con el parentesco consanguíneo. Kropotkin consideraba las cosas de una

³ Diccionario de la Real Academia Española, 22ª edición.

*manera radicalmente distinta. Según él, se podía rastrear el altruismo (que llamaba "ayuda mutua") en todo el mundo, y nada tenía que ver con las relaciones de parentesco.*⁴

La polémica no cuestionaba la bondad o necesidad del altruismo para la sociedad humana. Todo lo contrario. El mismo Huxley insistía en que el progreso ético de la humanidad tenía que ver con la superación de los instintos animales, del individualismo feroz: el altruismo no debería limitarse a ser un acto sólo concebible dentro de los estrechos límites de la familia.

En cualquier caso, tanto si consideramos el altruismo como un elemento consustancial a la naturaleza humana como si creemos que no lo es, pero lo necesitamos para separarnos del resto de los animales y para el progreso de la humanidad, está claro que juzgaremos convenientes y deseables los comportamientos que lo manifiestan. Y, sin duda alguna, realizar un servicio útil a la comunidad se encuentra dentro de esta categoría de comportamientos.

Por otro lado, desde una perspectiva ética, el servicio a la comunidad redefine las relaciones interpersonales. La estricta ética de la justicia no nos lleva directamente a justificar el servicio desinteresado a la comunidad. Éste se vincula a la *ética del cuidado*, que entiende el mundo como una red de relaciones de responsabilidad, de encuentros interpersonales, en la que todos debemos procurar el mayor bien para todos, atendiendo a las diferencias - lo que es justo para unos, tal vez no lo es para otros- y pasando a la acción.

*El ser humano es fundamentalmente un ser de cuidado más que un ser de razón o de voluntad (...). Las humanas y los humanos ponen y han de poner cuidado en todo: cuidado por la vida, por el cuerpo, por el espíritu, por la naturaleza, por la salud, por la persona amada, por el que sufre y por la casa. Sin el cuidado la vida perece*⁵.

El valor de la fraternidad es el motor de la ética del cuidado. Pero la fraternidad no es un valor muy de moda. La potente antinomia libertad versus igualdad hace que la fraternidad pase desapercibida como valor a defender o a cultivar. Parece no tener capacidad movilizadora, a diferencia de sus hermanas republicanas.

*La pregunta en torno a la fraternidad se está desarrollando también en la reflexión de la politología contemporánea, porque se empieza a tomar conciencia de que la libertad y la igualdad, que habían sido anunciadas junto a la fraternidad durante la revolución francesa como el tríptico que interpretaba la idea de una política nueva, de los derechos humanos, etcétera, han relegado a la fraternidad. El haber descuidado la fraternidad probablemente ha puesto dificultades a la realización de la igualdad y la libertad. Estos dos últimos principios se volvieron principios constitucionales, han dado origen a partidos políticos, se volvieron derechos. En cambio la fraternidad no tuvo la misma evolución, y hoy se comienza a pensar en este olvido –por ello hablo del principio olvidado-, como el mueble que tiene solo dos patas, pero es necesaria la tercera pata.*⁶

⁴ Dugatkin, L.A. *Qué es el altruismo. La búsqueda científica del origen de la generosidad*. Katz Editores. Buenos Aires, 2007.

⁵ Boff; L. *Ética planetaria desde el Gran Sur*. Editorial Trotta, Madrid, 2001.

⁶ Entrevista a Antonio M. Baggio. "Palabra Nueva. Revista de la Archidiócesis de La Habana", núm. 159. Ciudad de La Habana, Enero, 2007.

La ética del cuidado y el valor de la fraternidad nos mueven a ser generosos, no sólo justos. El servicio a la comunidad es una manera de cultivar la generosidad y la convicción de que *el otro* es también mi hermano, por tanto, me intereso por él, sus problemas son también mis problemas y el hecho de que pueda superarlos es también una ayuda para mí mismo.

Roser Batlle

www.rosrobatlle.net

**Artículo para la Revista Educadores de la Federación de Escuelas Católicas.
Número 265. Enero-marzo 2018**